



LAS DOS HERMANAS.—Cuadro de Bertrand.

Se ocultan durante el día
En los barrancos y selvas,
Y de noche van salvando
Las agriuras de la sierra.

No encienden lumbre si acampan
Porque el humo no se vea,
Y porque no se les oiga
Ata el silencio sus lenguas.

El cuerpo acardenalado
Y los pies heridos llevan,
Embarrados los arneses,
Las vestiduras deshechas.

Cuatro mil son los infantes,
Y tres mil los que ijadean
Buscando paso del diestro
Á sus caballos de guerra.

Ocupan el primer día
Del Cantaril la dehesa,
Y el bagaje abandonando
Á las orillas del Yeguas,

Entre Loja y Alfarnate
Al agrio Arrecife trepan,
Dando en el valle de Dona
Á la jornada tercera.

De Ponce á la voz de «¡Alto!»
La hueste parada queda,
Sin saber por qué se para
Ni el lugar donde se encuentra;

Y cuando, ya recelosa,
Refunfuña de impaciencia,
El noble Marqués de Cádiz
De aqueste modo la arenga:

—Para los bravos se hicieron
Las atrevidas empresas.
Estamos al pie de Alhama;
Es preciso entrar en ella.

En Zahara perdió Castilla
De su corona una perla,
En su lugar engastemos
La de Alhama, que es más bella.

Llave del reino moruno
Que el paso á Granada cierra,
Á vuestro empuje esta noche
Quedará por siempre abierta.

Allí aguardan al valiente
Oro y plata, vino y sedas,
Y la muerte por mi mano
Á quien fiero no acometa.

Dios y patria, honor y gloria,
Cifranse en esta bandera;
¡Con ella á vencer corramos
Ó á morir todos con ella.—

«¡Á Alhama, á Alhama!» rugiendo
La hueste al Marqués contesta,
El corazón palpitante,
Trastornada la cabeza,

Acelerado el aliento,
Y cual de nocturna fiera
La electrizada pupila
Fulgurando en las tinieblas.

Y éste la espada desnuda,
Aquél la malla se aprieta,
Uno la espada requiere,
Otro enristra la ballesta;

Y los cansados bridones
Que oyeron gritos de guerra,
Su marasmo sacudiendo,
Relinchan y manotean.

Reprimiendo Don Rodrigo
De los suyos la impaciencia
(Que todos en el ataque
Ser los primeros anhelan),

Trescientos bravos elige
Para que sigan á Ortega,
Que con treinta escaladores
Va á asaltar la fortaleza.

La densidad de las sombras
Impide que se les vea,
Y el ronco zumbir del viento
Que sus pisadas se sientan.

Bordeando precipicios,
Á rastras como las fieras,
Ganan el tajo riscoso
En que el fuerte se cimenta;

Tocan los muros, y hallando
Al vigia sin cautela,
Arroja Ortega su escala
Y se encumbra á las almenas.

Le siguen Martin Galindo
Con Toledo y Estremera,
Y el alcaide de Archidona
Y otros bravos hasta treinta.

En la garita sorprenden
Y matan al centinela,
Y yendo al cuerpo de guardia
Á los soldados degüellan.

Corre á las armas el moro
Repuesto de la sorpresa,
Y los trescientos de Ponce
Á ayudar suben á Ortega.

Entáblase cuerpo á cuerpo
Entonces tenaz contienda;
Que no ceden los que embisten,
Ni los embestidos cejan.

Rompe aquí el alfanje corvo
Por la cota milanese,
Allí el almete traspasa
El aguijón de una flecha;

Y no hay tiro que se yerre,
Ni mandoble que se pierda,
Y la sangre por el suelo
En arroyos culebrea.

Aquí el muerto corta el paso
Y el herido se lamenta,

Allá—¡Santiago!—se grita,
 Allí—Alá— se vocifera;
 Y crujen las armaduras,
 Los arcabuces atruenan,
 Los atambores redoblan,
 Y ensordecen las trompetas,
 El estrepito aumentando,
 Burlas, ayes, rezos, quejas,
 Alaridos, maldiciones,
 Juramentos y blasfemias.

Halla la luz de la aurora
 Indecisa la pelea;
 Los entradores se acaban
 Y los sitiados aumentan;
 Y ante tanta muchedumbre,
 Ya los de adentro flaquean,
 Cuando el Marqués en su amparo
 Se lanza con los de afuera.

Embisten como leones,
 Aportillan la poterna,
 Y entrándolo á fuego y sangre,
 Del alcázar se apoderan.

Mas hay que ganar al punto
 La ciudad de moros llena,
 Ó correr, volado el fuerte,
 En busca de la frontera;

Que pronto, hiriendo caballos,
 Vendrán de Granada fuerzas
 Que los rinda y los acabe
 En el fuerte sin defensas.

Entretanto la morisma
 En el pueblo se atrinchera,
 Ocupa torres y adarves,
 Las bocacalles barrea,

Y aspillerando los muros,
 Con espingardas y flechas
 Da la muerte á los que asoman
 Del Alcázar á las puertas.

Ponce ataca; todo el día
 Dura la lucha sangrienta;
 Se conquistan palmo á palmo
 Muros, calles y azoteas.

Acorralados los moros,
 En un templo se concentran,
 De donde salir los hacen
 Los soldados, que lo incendian.

Mueren los más peleando,
 Los menos cautivos quedan,
 Y se ocultan los que escapan
 En las minas y las cuevas.

Libre el pueblo de enemigos,
 Su ardiente codicia ceba
 En lonjas y en almacenes
 La triunfante soldadesca.

Aquí joyas, oro, plata,
 Brocados, púrpura y sedas;
 Allá miel, y pan y vino,
 Que en más que el oro se aprecian.

Á todo acudiendo Ponce,
 Á los heridos consuela,
 Á las mujeres ampara,
 Á los soldados refrena,
 Pone escuchas y vigías,
 Se apercibe á la defensa,
 Descansar hace á sus huestes
 Y velándolas se queda.
 Y absorta ve la morisma
 Que aquellos contornos puebla,
 Cuando de Alhama en los muros
 La luz matinal blanquea,
 En la mezquita encumbrada
 La Cruz redentora enhiesta,
 Y flamear en las torres
 Las castellananas banderas.

IV.

De la ciudad de Sanlúcar
 Á los alcázares regios,
 Que del Duque de Medina
 Son retiro predilecto,
 Todo es llegar con premura
 Emisarios y correos,
 Con avisos y con cartas
 De los magnates del reino.
 Al recibirlos, el Duque
 Se agita nervioso y fiero
 O abismase largas horas
 En profundos pensamientos.

De ojos grandes y ancha frente,
 Barbicastaño, moreno,
 Y tan ágil y membrudo
 Como arrogante y apuesto;
 Si alguno tan hazañoso,
 Ninguno más caballero
 Que el ilustre descendiente
 Del bravo Guzmán el Bueno.

El birrete encasquetado,
 Calzadas botas de cuero,
 Y sobre el fino justillo
 El ancho tabardo suelto,
 De codos ante una mesa,
 Al ir las cartas leyendo,
 El de Guzmán, impaciente,
 Con las calzas hiere el suelo.

— Todos me avisan — exclama —
 De Don Rodrigo el aprieto;
 Aguilar, Cebra, Manrique,
 Girón, Ureña y Pacheco.

Me dicen los jerezanos
 Que han bajado los rondeños
 Y en Arcos á la Marquesa
 Amenazan con un cerco.

Mi honor y mi fe cristiana
 Me impulsan á socorrerlos;
 Mi paz, mi hacienda, mi vida,
 Á que los deje en el riesgo.
 ¡Me escribió al partirse á Alhama
 Don Rodrigo tan severo!—
 Y sacando un pergamino
 De este modo va leyendo:

«Me parto á tierra de moros
 Á vengar á los zahareños,
 Sólo dejando en mis tierras
 Mujeres, niños y viejos.

»Despojadlas si queréis,
 Que hallaré el despojo bueno,
 Con tal que Dios me conceda
 Desbaratar á esos perros.

»El no haber con vos contado
 No fué olvido ni desprecio,
 Sino temor que la empresa
 Malograsen nuestros celos.

»Paz no cabe entre nosotros,
 Lo sé bien, porque recuerdo
 La algarada de Sevilla,
 De Jimena el escarceo,

»De Jerez el alboroto,
 De Carmona el desafuero,
 El rebato de Medina
 Y el choque naval del Puerto.

»Mas visto que tales luchas
 Dan vida á los agarenos,
 Heme jurado olvidarlas
 Hasta arrojarlos del reino.

»Mi deber único es este:
 Lo he jurado, y cumplirélo.
 La hidalguía castellana
 Os dirá cuál es el vuestro.»

— ¡Por Dios— el Duque se dice, —
 Que probaré á este soberbio
 Que ni me gana á valiente,
 Ni á hidalgo ni á caballero!

¡Hola! ¡aquí mis servidores! —
 Exclama con ronco acento,
 Y se le llena la sala
 De pajes y de escuderos.

— ¡Vamos de guerra! —les grita; —
 Que lo anuncien los correos
 Á los justicias y alcaldes
 De la marina y fronteros.

Estas cartas se contesten
 Á esos magnates, diciendo
 Que armados de todas armas
 En Sevilla les espero.

Mientras allá acuden todos,
 Nosotros castigaremos
 Á la morisma rondeña
 Que estrecha de Arcos el cerco.

En los llanos de Caulina
 Esta noche acamparemos.
 ¡Hola! ¡mi arnés más templado
 Y mi potro más ligero! —

¡Qué algazara, qué bullicio,
 Qué confusión y qué estruendo
 En las casas y las calles
 Y alrededores del pueblo!

Aquí se ensilla el caballo,
 Allá se pavona el hierro,
 Acá el bagaje se embarga,
 Se apresta allí el bastimento.

Aquí, de la soldadesca
 Risas, gritos y reniegos;
 Más allá, de las mujeres
 Suspiros, llantos y rezos.

Y de trompas y clarines
 Y tambores á los ecos
 Se unen tocando á rebato
 Las campanas de los templos.

Del castillo en la esplanada
 Por haces se van reuniendo
 Escaladores, infantes,
 Jinetes y arcabuceros.

Los niños los ven con susto,
 Con envidia los mancebos,
 Con lágrimas las mujeres
 Y con orgullo los viejos.

Siguen tocando á llamada
 Los marciales instrumentos,
 Las campanas repicando
 Y la multitud bullendo,
 Alzándose á las alturas
 Clamor de entusiasmo inmenso,
 Cuando el Duque se presenta
 Todo vestido de acero.

El caballo en que se yergue,
 Orgulloso de su dueño,
 Alza á la cincha las manos
 Y desempiedra los suelos.

Alta el Duque la visera
 Del empenachado yelmo,
 Saluda con la sonrisa
 Á los soldados y al pueblo;

Y la hueste revistada,
 El caballo revolviendo,
 Sale á galope tendido
 Al frente de sus guerreros.

V.

«¡Ay de mi Alhama!» se gime
 Con descònsuelo en Granada,
 Y en todo el reino islamita
 Se repite: «¡Ay de mi Alhama!»

De Ali Macer se recuerdan
Las predicciones infaustas,
Y se maldice al rey moro
Que se encastilla en la Alhambra.

Muley, por calmar al pueblo,
Convoca á la guerra santa;
Cincuenta mil hombres junta
Y los lleva á la venganza.

La soberbia con que salen
Conviértese en viva rabia
Cuando dan en los contornos
De la ciudad conquistada;

Que en las eras del ejido
Un sin fin de perros hallan,
De sus muertos compañeros
Devorando las entrañas.

Irritado el rey, ordena
El asalto de la plaza,
Y se arrojan como tigres
Los moros á las murallas.

De las recientes refriegas
Las torres desmoronadas,
La población en escombros,
Y aportillado el Alcázar;

Faltos de ingenios de guerra,
Las municiones escasas,
Los víveres consumidos
Y los aljibes sin agua,

Al ataque de los moros,
Si Cristo no les ampara,
Sucumbirán los valientes
Conquistadores de Alhama.

Mas no, que oponiendo al golpe
En vez de muros y adargas
El pecho, fortalecido
En el amor á la patria,

Vale por cien cada infante
De la hueste castellana,
Y por cien mil el guerrero
Invencible que la manda.

Con empuje incontrastable
Los agarenos atacan,
Durante el día de frente,
Y por la noche en celada,
Inútil siendo su astucia
Y su valor y su rabia,
Que en vez del triunfo es la muerte
Quien les espera y acaba.

Viendo imposible el asalto,
Minar quieren el Alcázar,
Mas también Ponce concluye
Con sus trabajos de zapa.

Entonces Muley decide,
Para conquistar la plaza,
Torcer el curso del río
En que el pueblo la sed sacia.

Mas Ponce, en vez de arredrarse,
Se embravece y agiganta,

Y en el río cada día
Libra terrible batalla.

Él increpa al que se abate,
Apacigua á los que rabian,
Conforta á los que pelean,
Dirige á los que trabajan,
Ayuda á enterrar los muertos,
Á los cautivos ampara;
Por darlo á quien desfallece,
Su pan de la boca aparta;
Adonde quiera que acude,
Resucitando en las almas
Las virtudes fenecidas
Y las muertas esperanzas.

Mas ¡ay! que se consumieron
Ganado, harina y cebada,
Y cuesta un río de sangre
Conseguir un sorbo de agua.

En esqueleto los hombres,
No pudiendo con las armas,
Arrastrándose caminan
Á defender las murallas:

Éste enferma, aquél sucumbe,
Pero ninguno desmaya;
¡Que mueren, mas no se rinden,
Los defensores de Alhama!

Pero Dios por Ponce vela.
Á la luz de una mañana
Que alumbrará eternamente
La historia de nuestra patria,
En lugar de oír de los moros
Los insultos y jactancias
Y de ver la media luna
Amenazándole airada,

Oye el grito de «¡Santiago!»
Retumbar en las montañas,
Y ve tremolar en torno
Las banderas castellanas.

Un ejército cristiano
Iba acercándose á Alhama,
Y aterrado el sarraceno
Á los muros de Granada.
¡Qué alborozo el de la hueste
Que á la morisma ahuyentara,
Y qué ventura tan grande
La de la hueste sitiada!

La salvadora, con vivas
Á la de Ponce animaba,
Marchando al són de trompetas
Y á banderas desplegadas.

La de Ponce, reviviendo,
De regocijo lloraba
Y recibía con tiernas
Bendiciones á su hermana.

«¡Viva el Rey—Rodrigo dice—
Que en tal trance nos ampara!»



“ LA VUELTA DEL CAMPO ’

POR PERRAULT



Y tomando una montura,
 Á recibirlo se lanza.

El caudillo valeroso
 Que la otra hueste comanda,
 Al verlo, su potro aguija
 Y á encontrarlo se adelanta.

De entrambos los corazones
 Retemblar hacen sus mallas,
 Se juntan.... mas don Rodrigo
 Absorto y mudo se para.

Que no es el Rey, como piensa,
 Quien de la muerte le salva,
 Sino el rival enemigo
 Que toda la vida odiara.

Hablar quiere, y en los labios
 Se le mueren las palabras;
 Mirar al Duque, y se nublan
 Por el llanto sus miradas.

Á su vez el noble Duque,
 De ternura llena el alma,
 Hablar quiere, y el anhelo
 Le echa un nudo á la garganta.

Hasta que entrambos desmontan
 Movidos de iguales ansias,
 Y llorando como niños
 En un abrazo se enlazan.

«¡ Viva Guzmán! ¡ Viva Ponce! »
 Los ejércitos exclaman,
 Y responden abrazados
 Los dos héroes: «¡ Viva España! »

Surgiendo de aqueste grito
 Que hizo temblar á Granada,
 La perseguida ventura
 De la unidad de la patria.

JOSÉ VELARDE.



LA PRINCESA EMINEH-HANEN,
 mujer del Kedive de Egipto.

LOS VIEJOS DEL DÍA



MUCHAS veces habrán ustedes oído, como yo, hablar en términos poco favorables de los jóvenes del día; y efectivamente, los jóvenes del día no son muy recomendables que se diga, bien que haya honrosas excepciones. Ellos son osados y ambiciosos, y el que no llega á yerno de un ministro no cree que cumple su misión en este mundo: ellos son descreídos en materia de religión y poco escrupulosos en lances de amor; de suerte que las muchachas sin trastienda, inocentonas, si hay algunas, enamoradizas y querenciosas, corren gran peligro dejándose querer de estos jóvenes del día, aunque en este punto pareceme que los jóvenes han sido siempre lo mismo, y así Dios me perdone. No falta, pues, razón á las personas timoratas y de notoria rectitud cuando se escandalizan de los hechos y los dichos de la juventud, y exclaman: «¡Oh, los jóvenes del día! ¡Qué juventud, María Santísima!—¡Los demonios son estos jóvenes!» Ellos, en verdad, en todas partes, en el Congreso y en la *Taurina*, en la *Cuba* y en el Ateneo, en la *timba*, y en el Teatro Real y en la Plaza de los Toros, en todas partes, repito, lucen gallardamente su ingenio y travesura, y justifican, en cierto modo, aquellas exclamaciones con que expresan su asombro los hombres sesudos, que están ya lejos de aquel tiempo en que les hervía la sangre activamente y los llamaban *los jóvenes del día*.

Yo, que ya no soy joven del día, ni de la noche, ni tampoco un carcamal, no participo, ciertamente, de la prevención con que se suele mirar á los *jóvenes del día* por los que ya no lo son, y, por el contrario, los miro con simpatía y benevolencia; y, vamos, será una debilidad ó lo que ustedes quieran, pero la gente joven me agrada más que la vieja, sobre todo, tratándose del bello sexo. Y así, sucede que mientras otros consideran dignos de abominación los defectos, las picardigüelas y los vicios de los jóvenes del día, yo los disculpo, y en algunos casos, porque se vea cuánta es mi franqueza lo digo, lo que siento es hallarme ya tan fuera de combate y no poder hacer lo mismo que ellos.

Además, amados leyentes míos, han de saber ustedes que los jóvenes del día, con tener todas las macas que de buen grado les reconozco, no tienen tantas como los viejos del

día. Sí, señores, hay que decirlo muy alto; los viejos del día son peores que los jóvenes. Esto afirmo después de haber hecho detenidos estudios y profundas observaciones, que de otra suerte no me atrevería á lanzar sobre tan numerosa clase acusación de tal gravedad, bien que hago las correspondientes salvedades, pues hay viejos y viejas de ejemplares virtudes, que por consiguiente, merecen todo linaje de consideraciones y respetos. Pero ¡qué viejos y qué viejas los que hace tiempo vengo estudiando y observando en este Madrid, donde entretengo honestamente mis ocios de cesante!

En mi vecindad vive D. Valentín, un jubilado, ex administrador de no sé qué salinas, y dicen que no se sabe cómo ha podido vivir tragándose tanta sal. El hombre tiene mujer, una infeliz que parece un espectro, enteramente consumida la triste, y dos hijas lacias y alicaídas, con cara de oveja las dos. Madre é hijas son unas benditas, que seguramente no han roto un plato en su vida y con quienes otro padre estaría muy satisfecho, porque, buenas, humildes y modestas, ni se les conocen caprichos de lujo, ni las puede haber más tolerantes y prudentes; ni para ellas hay otra obligación en el mundo que el cuidado del jefe de la familia y las piadosas devociones á que están acostumbradas y que las acreditan de buenas cristianas.

Todas las personas que conocen á estas mujeres se hacen lenguas de sus excelentes cualidades, y únicamente el célebre D. Valentín parece desconocer sus grandes méritos, á juzgar por la manera que tiene de tratarlas. En la casa no suena otra voz que la suya, muy desagradable y aguardentosa por cierto, y siempre se le oye hablar, no natural y afablemente, como habla con los suyos todo ciudadano dentro de su hogar, sino á gritos destemplados y en tono de amenaza. Las galanterías que á toda hora oye la escuálida esposa son de este calibre:—«¡No hay mujer más bestia que tú!—¡Maldita sea tu estampa, grandísima burra!—¡Quitate de mi vista, adefesio!—¡Qué haces ahí, santurrona de los demonios!»—Y á sus hijas las obsequia también con términos parecidos, sin que la madre ó ellas repliquen á tan groseros insultos, ni siquiera demuestren enojo por la irritante sinrazón de quien está más que nadie obligado á considerarlas y tratarlas con decoro y con benevolencia. Y en verdad, los días que se limita á decir á sus víctimas esas abominacio-

nes, consideramos los vecinos que el hombre está tranquilo y sosegado, porque cuando se irrita, que por la cosa más nimia se irrita frecuentemente, entonces, á las palabrotas más soeces, á los insultos más infames, á las amenazas más horribles, añade, para mejor imponer su autoridad, golpes en los muebles, bastonazos sobre una lata de petróleo vacía y carreras y portazos, como si hubiera perdido el juicio:— «¡ Te voy á arrastrar del moño ! »— dice á una hija, y á su mujer la grita:— « No sé como no te deslomo »— como si tuviera lomo la pobre mujer, que es un esqueleto animado por milagro de Dios. En fin, en boca de ese viejo energúmeno he oído el calificativo más afrentoso con que se puede ultrajar á una mujer, y lo aplicaba á la suya y á sus hijas, á grandes voces, llevando las infelices su abnegación hasta el sacrificio de devorar en silencio la horrenda injuria.

Pues todavía es más odioso de lo que parece este viejo verdugo de su propia familia, porque siendo ruin y avaro en su casa para la mujer buena y las hijas humildes y honradas, es generoso y espléndido para una manceba que tiene, que le manda, le exige y le maltrata, y hay quien dice que le pega, haciéndole además pasar por las más bajas humillaciones.

¿ Y á Perico Pérez, le conocen ustedes?..... ¿ No?..... Pues es otro viejo de los que tengo anotados para sacarlos á la vergüenza. Ningún joven despreocupado y atrevido incurre en los atrevimientos de este viejo desvergonzado. Ocupa buena posición, conoce á todo el mundo y habla mal de todo el mundo, mintiendo con el mayor descoco, y atribuyendo los más vergonzosos vicios á personas respetables de quienes se llama amigo desde la infancia.— « ¿ Fulano?.....— dice, hablando, por ejemplo, de un general que goza reputación de hombre serio y recto,— ¡ buen peine !..... Yo le conozco desde subalterno, y sé toda su vida y milagros. Lo menos se ha comido la caja de tres ó cuatro regimientos. Yo sé cómo ha hecho la carrera; por mediación de las mujeres, porque lo que es en cuanto á valor..... se le supone. » Y de esta suerte arranca el pellejo al amigo, y este bizarro militar vive muy ajeno de que hay muchísima gente que le cree un grandísimo tunante, por obra y gracia de Perico Pérez. ¡ Desdichada la mujer de quien habla este viejo maldiciente! Los que le oyen y creen tienen por seguro que muchas de las damas de los buenos tiempos de este conquistador invencible estuvieron enamoradas de él y le sacrificaron su virtud sin poderlo remediar.....

Tiene la gracia de hablar á las señoras un lenguaje por todo extremo libre y desenfadado, que, en verdad, suelen algunas cotorrnas celebrarlo, con lo que le estimulan á extremar su desvergüenza y su atrevimiento, pues no sólo con las viejas verdes y de todos colores lo usa, sino que llega en su osadía á profanar los castos oídos y á perturbar la conciencia de la jovencita cándida, cuya madre desconoce tan reprobadas mañas y no sospecha siquiera que pueda haber peligro para su hija en la conversación con el vejestorio podrido de alma y cuerpo á quien considera un caballero perfecto.

Los vicios de este viejo sátiro afectan un carácter mucho más grave de cinismo repugnante que los de los jóvenes que tanto nos escandalizan. Sus alardes de impiedad producen asco; sus gracias y sus chistes traspasan todos los límites de lo grosero y lo escandaloso; y, en fin, la burla que

hace de toda virtud, de toda acción noble y generosa, negando que existan en la tierra la honradez desinteresada, el amor al prójimo, la piedad sincera, la abnegación y todas las grandes cualidades de que, por suerte, hay tantos ejemplos todavía en medio de la actual sociedad egoísta y descreída, le hacen el ser más abyecto y miserable de este bajo mundo. Y, sin embargo, hombre bajo todos conceptos tan despreciable, es en todas partes bien recibido, y ha ocupado elevados cargos, y en la buena sociedad halla una tolerancia y una indulgencia que no merece. Por esto, justo es decir que no toda la culpa es suya. Hubiérase visto el hombre tratado como en justicia merece, encontrando cerradas para él las casas decentes y cerrado también el camino de todo encumbramiento, y habría entonces modificado su carácter y sus costumbres, refrenado su lengua y conocido, acaso, lo abominable de sus hábitos de embustero, difamador y desvergonzado impenitente.

Don Serapio de la Sota, frisa en los setenta y cinco años y vive de milagro, siendo un ejemplo vivo de que todos los medicamentos, todos los específicos, todos los métodos higiénicos y todas las aguas minerales son completamente inútiles para prolongar la vida y de que, por consiguiente, nadie se muere hasta que Dios quiere. Don Serapio, ni se medicina, ni se baña, ni viaja, ni toma otras aguas que las del Lozoya, ni se preocupa de su salud, y, sin embargo, el hombre está hecho una lástima con un reuma crónico que no le deseo á mi mayor enemigo, y con otra porción de alifafes, amén de una hernia y un tumor en otra parte, y una alteración completa de la economía; y hallándose en esta disposición, todas las noches D. Serapio, contra toda regla higiénica, las pasa fuera de su casa, en una atmósfera infecta de gas y de humo de tabaco barato, experimentando terribles emociones y violentas sacudidas cuando sale la cargada y él juega á la descargada; cuando reúne ante sus ojos codiciosos un montón de monedas y un fajo de billetes; cuando lo pierde todo, cuando lo vuelve á ganar, y por fin, cuando definitivamente lo ve desaparecer, mirando en este caso á los tahures, sus compañeros, con ojos de rencor y venganza; que de buena gana emprendería á tiros y á puñaladas contra los que se llevan el dinero que él se llevó de otros antes. El lenguaje de este viejo, que tiene ya casi los dos pies en la sepultura, es verdaderamente horrendo. Las blasfemias que profiere son completamente originales, y, por consiguiente, no han sido jamás oídas, y es tan poderosa en este punto su inventiva, que cada noche las improvisa más escandalosas que la noche anterior. En lo más crudo del invierno, el desdichado retírase de madrugada, renegando de su estampa y de la humanidad entera, si ha perdido, y allá va renqueando, apoyándose en el bastón, á buscar el camastro de la casa de huéspedes donde habita y le sirven de mala gana; porque este viejo, padre de dos hijas, una casada y otra soltera, que vive con su hermana, no quiere vivir en familia por no renunciar á su libertad, y no siente ya los afectos más tiernos y consoladores de los viejos, el amor á los hijos y á los nietos..... Su yerno, un hombre de bien, le hizo un día alguna juiciosa reflexión con el piadoso intento de hacerle comprender lo perjudicial de su sistema de vida para la salud, y desde entonces le aborrece, y á su hija, que abunda en las ideas de su marido, creo, Dios me perdone, que la aborrece también; tal estrago hace el



À FAVOR DE LA CORRIENTE.—Cuadro de Emilio Laus, grabado por Brend'Amour.

vicio infame del juego en este pobre viejo de corazón endurecido, de atrabiliario humor, sin amigos, sin hogar propio, sin decoro y sin vergüenza.

Don Peregrín es otro vetusto personaje que ya figuraba como funcionario público en la *Guía de forasteros* del año cuarenta, y se ha empeñado en no ser viejo. Su flaco es la persecución de mujeres de todas categorías, desde las chicleas que venden periódicos en la calle de Sevilla hasta las jamonas verdes y escandalosas de que hay numerosos ejemplares. Don Peregrín se casó con una pobre mujer que no era pobre, y le dió una vida amarga, tan amarga, que la infeliz no la pudo soportar más de doce ó catorce años, y separada de él vive desde entonces, habiéndose quedado el marido, que pasa por hombre íntegro, con toda la hacienda de la esposa, quien hasta la fecha no sólo no ha conseguido que le dé cuenta de su caudal, pero tampoco una peseta. En cambio, porque en los primeros tiempos, después de la separación, la triste mujer le hacía reclamaciones y le importunaba siguiéndole los pasos, me la sopló bonitamente en un manicomio, y aunque salió de entre las enajenadas por falta de pago de la pensión, ya no se ha quitado de encima la opinión de loca, y de caridad vive la desventurada con una buena mujer que fué su doncella.

Libre de esposa legítima, D. Peregrín ha tenido otras muchas mujeres, y no son pocas las tontas de capirote que han sido sus víctimas, víctimas de un tenorio averiado, y por ahí andan unas dedicadas á la vida airada y otras miserables y desengañadas, renegando de aquel pillo que las engañó y además de su propia *inocencia*. Un día me encontré con don Peregrín á tiempo que desfilaba por la calle Mayor una procesión cívica, en cuyo lucido acompañamiento figuraban los asilados del Hospicio, todos con los ojos malos, y hablándome al oído me dijo el sin vergüenza:—«Mire usted, tengo la seguridad de que una buena parte de mi descendencia va entre esos motilonos.» ¿Será malvado el cínico viejo?.....

No hay ejemplo de que este hombre haya hecho jamás favor á ninguno de sus prójimos ni á los que tienen su misma sangre. Un hermano suyo se vió comprometido por infidelidad de un amigo y envuelto en un proceso sin otra culpa que la extremada confianza en la lealtad de aquel amigo, y acudió á D. Peregrín para que le salvara del deshonra y de la ruina. Don Peregrín se excusó, y su hermano hubiese ido acaso á presidio, si una persona extraña, pero noble y generosa, no se hubiera complacido en la hermosa acción que él estaba en la obligación de no ceder á otro, cuando se trataba de su propio hermano.

Aunque tan avaro, algunas mujeres, las más despreciables, le han saqueado bonitamente y se han burlado de él más bonitamente todavía, y no ha faltado entre ellas quien le promueva grave escándalo. Y no olvidará fácilmente la zurra que en la calle de Embajadores le dió un mocito muy bruto, porque supo que D. Peregrín perseguía á una pitillera con quien él tenía que ver. Aquella noche, D. Peregrín, á pesar de sus años, corrió ligero y en el lance perdió el reloj, el dinero, el sombrero y la afición á las aventuras en aquellos barrios.

En suma, y para concluir este esbozo, afirmo y sostengo que entre los viejos del día existe una profunda perversión del sentido moral. Y si tuviera tiempo y humor, llevaría al lector á las reuniones de viejos en varios cafés de la corte, y allí podría oír lo que no ha oído jamás en punto á desvergüenzas, y se espantaría de que personas que se hallan en los últimos días de la vida hagan alarde escandaloso de todos los vicios como si aún tuvieran tiempo y aptitud para apurar los más reprobados placeres, para seguir cometiendo malas acciones y para arrepentirse de haberlas cometido.

¿Y las viejas? ¡Oh! de las viejas no digo nada, porque no tendría bastante espacio en todas las páginas de este *Almanaque*.

CARLOS FRONTAURA.

Á CASTELAR

(EN LA MUERTE DE SU HERMANA CONCHA)

I.

Ya un gran poeta derramó en la fosa
De la que amaste inmarcesibles flores;
Ruede entre ellas oculta esta piadosa
Lágrima humilde á humedecer la losa,
La yerta losa en que las tuyas llores.

II.

¡Las tuyas! ¡Espectáculo angustioso
Ver por el pie, la cumbre soberana
Temblar, al cataclismo pavoroso,

Sentir fundirse el bronce del coloso,
Palpitar en el dios la carne humana!

III.

Llora. Mas piensa al desgarrar tu herida,
Que para el alma, de infinita esencia,
No puede haber ni muerte ni partida;
Que es el amor la perdurable vida,
Y es el recuerdo la inmortal presencia.

EMILIO FERRARI.

Madrid, 20 de Enero de 1880

LA CANCIÓN DE LA MUERTE

(EN EL CEMENTERIO)

(HABLA LA MUERTE A LA HUMANIDAD)

« Humanidad, que llegas
 Con vacilante paso y voz doliente
 Á los sepulcros, cuyo mármol riegas
 Con ardorosas lágrimas, ¡detente!
 En los cóncavos huecos de mis ojos,
 En la helada hermosura
 De mis yertos y pálidos despojos;
 En mi manto de niebla, en el acero
 Que en mis hendidas manos centellea;
 En el medroso pedestal severo
 Donde mi imagen pálida blanquea,
 Venid á meditar; cesen las iras,
 Los enconados odios y rencores,
 Las soñadas mentiras
 Que fingen los dulcísimos amores;
 Del mundo en el horrisono oleaje,
 De vuestra vida en la febril carrera,
 Contemplad este fúnebre paisaje,
 Que es muy corto el viaje
 Y al borde estáis de la fatal ribera.

»En mí se estrellan vuestras pompas vanas,
 Me arrulla el sauce con eterno canto;
 Me invocan las campanas
 Con la solemne música del llanto;
 No hay poder que á mi imperio no sucumba;
 Nadie contra mis leyes se rebela,
 Y en las marmóreas puertas de la tumba
 Planto el ciprés de eterno centinela;
 Yo floto en el espacio,
 Con siniestra guirnalda me coronó,
 Abierto está mi fúnebre palacio,
 ¡Venid á meditar junto á mi trono!

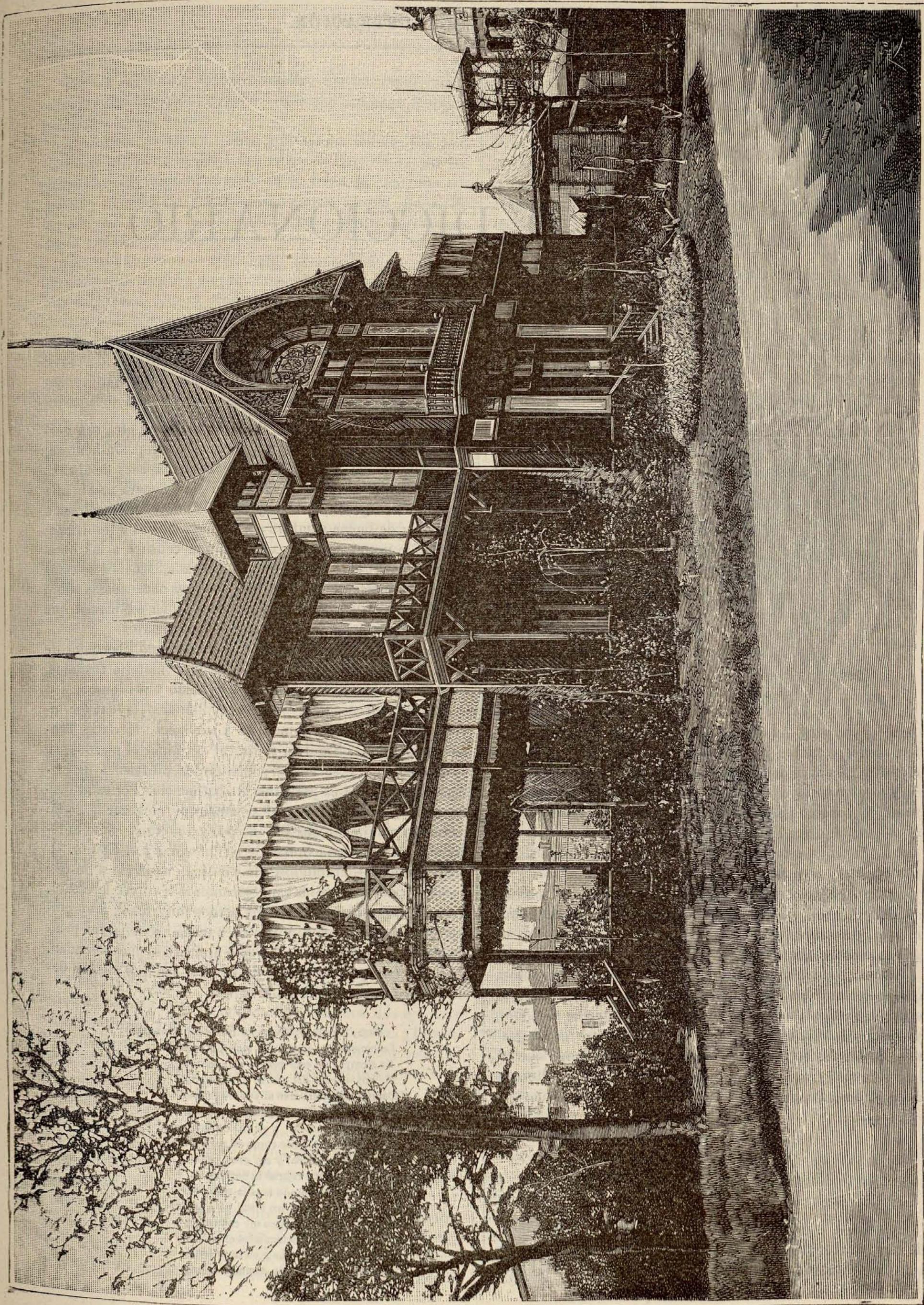
»Yo, del sol de la idea
 De un soplo apago la brillante lumbre;
 Yo la frente que crea
 Convierto en un montón de podredumbre;
 Yo turbo el brindis del festín sonoro,
 Y lo mismo atraviesa mi guadaña

El alcázar de oro
 Que el hogar del pastor en la montaña;
 El arpa rompo al inmortal poeta,
 Y al guerrero su espada poderosa;
 Borro la luz en la pupila inquieta
 De la mujer hermosa;
 A mí llegan, en sordo vocerío,
 Músicas, carcajadas y oraciones;
 ¡De la mentira mundanal me río,
 Y me ostento, en triunfante poderío,
 Sobre el polvo de mil generaciones!

»¡Llegad á mis colinas
 Con fe profunda y silenciosa calma;
 Todos encontraréis en mis ruínas
 Restos de un corazón, huellas de un alma!
 ¡No tembléis de pavor ante mi puerta;
 Cruzad las tumbas derramando flores;
 No desdeñéis bajo mi planta yerta
 El beso de mis últimos amores;
 No os agitéis en torbellino ciego,
 Que al cabo perderéis en la partida;
 Envidiad mi sosiego
 Lejos de las borrascas de la vida!

»Aquí del viento el misterioso arrullo
 Memorias tristes en el alma deja;
 Aquí no hay más murmullo
 Que el lento son del sauce que se queja;
 ¡No me aguardéis con odio ó con recelo;
 No os amedrente mi fatal mirada,
 Que entre la tierra y el edén del cielo
 Yo abrevio la jornada!
 Soberbia exclamo: «El universo es mío,»
 ¡Pero también se extinguirá mi vida,
 Porque ante el mármol del sepulcro frío,
 A los pies de la cruz estoy vencida!»

ANTONIO FERNÁNDEZ GRILLO.



EXPOSITION UNIVERSELLE DE PARIS. — Pabellón de la República de Guatemala.

EL NUEVO DICCIONARIO



E ningún modo y por ningún estilo pienso negar, ni aun disminuir el mérito de los vocabularios existentes. Verdad es, que tanto el primitivo de la Academia, como los posteriores de la misma corporación, y los del P. Larramendi, Domínguez, Caballero, Peñalver y Roque Barcia pudieran ser más perfectos; pero aunque todos y cada uno hubiesen sido redactados por el mismo

Apolo, ya para nuestro tiempo estarían incompletos y anticuados: ¡tantos y tales son los progresos, modificaciones y falsificaciones del idioma!

Menos todavía consisten los mencionados cambios en la suma de vocablos añadidos á los que ya teníamos, que en el nuevo significado y valor con que los antiguos se emplean, llegando estas alteraciones al extremo de necesitar explicación y comentario. Véanse algunos ejemplos:

IRREGULARIDAD ADMINISTRATIVA.—Robo con abuso de confianza, cometido por algún empleado del gobierno, municipio, diputación provincial, etc., etc. De esto se dan algunos casos; pero muy pocos.

SEÑORA GALANTE.—La mujer casada y rica y escandalosa que suele cambiar de amantes como de camisa, sin tomarse el trabajo de salvar las apariencias. Si la culpable es pobre, ya resulta harina de otro costal: entonces entra en el gremio de las desvergonzadas y perdidas, suponiendo que no la califiquen y señalen con adjetivos todavía más duros y denigrantes. Donde aparece la verdad de aquella copla:

Quando se emborracha un rico,
¡Qué gracioso es el señor!
Y si se emborracha un pobre,
¡Vaya un pillo borrachón!

CRÍTICO.—Antes significaba hombre docto, imparcial y de buen gusto, que había dado pruebas de saber justipreciar las obras literarias y artísticas. Reinoso, Lista, Gallego,

Durán, Quintana, Martínez de la Rosa, Larra, etc., son verdaderos críticos. Hoy, salvo alguna rara excepción honrosa, se apellidan así los que no sintiéndose capaces de abrirse camino con obras propias, procuran una efímera nombradía royendo las ajenas, á semejanza del enano que aspirase á pasar por de buena estatura cortando la cabeza á los demás; ó como la mujer de mala conducta que censura á las otras para que la gente la tenga por honrada. Muchos de estos *críticos* actuales no son personas maduras encanecidas sobre los libros; sino mozalvetes reprobados en los exámenes, que se dan el gustazo de poner faltas á sus maestros.

SUBLEVADO.—Héroe glorioso, restaurador ó libertador de la patria, si triunfa: traidor, canalla y materia fusilable, cuando le sale mal la cuenta y es vencido y prisionero.

MAESTRO DE ESCUELA.—Mártir voluntario, ayunador incomparable, que deja tamañitos á los Succi, Merlati, Tanner y compañía. Siquiera éstos, al terminar el plazo de su ayuno, comen y se hartan; mas en los profesores de instrucción primaria es perpetua la abstinencia. Por estar desesperados, ni aun tienen el consuelo de alcanzar la gloria eterna en compensación de sus padecimientos, como lo tenían los antiguos anacoretas de la Palestina y el Egipto.

EVOLUCIÓN.—Tratándose de política, equivale á lo que nuestros padres apellidaban toscamente « volver la casaca, traición y apostasia »; pero hoy somos muy finos, muy pulcros y muy remilgados, y nos suenan mal semejantes palabrotas. Y no porque falte á quien aplicarlas, pues abundan, gracias á Dios, como pulgas en verano, los que pueden decir con el famoso canónigo Morales:

Pero, ¡hombre! Todo no ha de ser Nunancia:
La constancia es virtud, mas algo rancia.
Yo siempre en este género de esgrima
Me voy al lado del que se halla encima.
Quando vi sublevarse al pueblo insano,
Exclamé: — ¡Viva el pueblo soberano! —
Siguióse la Central, y yo, al encuentro
Saliéndole, me hallé como en mi centro.
Vino José primero, y sin gran pena
De su orden me colgué la berengena.
Y si después rodando más la bola,
Viene á mandarnos un tozal de Angola,
Veréis que con el negro me congracio
Y aun hundiré á estornudos el palacio.
Así se vive en puestos y en honores,
Con sólo en la opinión cambiar colores.

Por mi parte, no conozco maestro con tan numerosos y aventajados discípulos como el susodicho canónigo Morales, que santa gloria haya.

LA BUENA SOCIEDAD.—Los que tienen dinero, sea cual fuere su procedencia. Esta expresión es muy usada por los revisteros de salones, que sacan la tripa de mal año comiendo y bebiendo y fumando siempre á costa ajena. De suerte, que los que vivimos del trabajo diario seremos *la mala sociedad*. Muchas gracias.

LANCE DE HONOR.—Homicidio premeditado, ó cuando menos paliza concertada previamente y presenciada por varios caballeros, que se titulan padrinos, como si se tratase de una boda ó de cristianar algún pequeñuelo recién nacido. El lance se ve desde luego, pero no así el honor; ¿quién lo tiene? ¿El que mata á su contrario? Puede ser un desalmado espadachín, digno del presidio, y lo es algunas veces. ¿El muerto? Puede ser otro canalla semejante, aunque lo más común es que sea un infeliz. ¿Los padrinos? Tampoco. Estos ven la función desde seguro, como los que alquilan balcones en las plazas de toros. De manera que el honor no parece. Lo anunciaremos en la cuarta plana de los periódicos por si alguien lo ha encontrado.

TABERNERO.—Aguador disfrazado ó envenenador público. En el segundo caso, tienen los de este gremio á su cargo y sobre su conciencia la mar de blasfemias, bofetones, palos, puñaladas y tiros y atropellos y crímenes de toda ralea. Pero ¿qué importa? Son honrados industriales, pagan su contribución y tienen licencia franca para emponzoñar al género humano. Pero también contribuyen á dar suma variedad á la ortografía castellana, v. g.:

BINO DE BALDEPEÑA, ZERBESA Y LIQORES.

LOTERÍA NACIONAL.—Monopolio del juego por el Gobierno. Éste dice á los españoles: «Ciudadanos: el juego es inmoral; á todo el que pille delante de una ruleta ó de una baraja lo zampo en la cárcel, amén de la correspondiente multa. Pero si juegan ustedes conmigo, y yo soy el banquero y me guardo los cuartos sobre seguro, entonces la cosa varía de naturaleza, convirtiéndose de inmoral é ilícita en moral y legal. Por cuyo motivo, en cada administración tengo una timba, y en cada revendedor de billetes un gancho que no os deja parar en parte alguna sin ponerlos el décimo ante los ojos. Ea, jugadores, ¡mañana sale el gordito! ¡Viva la moralidad y rueda el boliche!»

ESTADO INTERESANTE.—Preñez, se dice en castellano. Interesante es todo lo que interesa. Supongamos dos ejércitos enemigos frente á frente y dispuestos á la batalla. ¿Les interesa alcanzar la victoria? Ya lo creo. ¡Pobre del vencido! De donde lógicamente resulta que todos aquellos miles de guerreros se hallan en situación ó estado interesante. ¿A qué vienen las perifrasis mal aplicadas, sobre todo cuando hay términos propios y expresivos para significar las cosas?

ARREGLO DEL PERSONAL.—Turrón para los amigos y desarreglo espantable en las familias y casas de las víctimas, quiero decir, de los cesantes.

NEGOCIO.—Bajo de este nombre genérico suele disfrazarse todo chanchullo, aun siendo más obscuro que una carbonería y menos limpio que agua de fregar. El pan de ínfima calidad y falto de peso, los comestibles adulterados ó podri-

dos que vende como buenos el contratista, los zapatos con suelas de cartón para el ejército, los ferrocarriles hechos á la malicia, aunque luego se estrellen y desnuden cien infelices cristianos..... Todas estas cosas y otras muchas, más largas de enumerar que una letanía, se llaman negocios, y con efecto, lo son, y muy productivos para los que de ellos viven y por ellos triunfan. Quien lo dude, que se dé un paseito por la Castellana en compañía de algún conocedor y cronista de la sociedad madrileña. Allí de seguro aprenderá datos suficientes para añadir varios capítulos á la vida y aventuras de Gil Blas de Santillana. Y ¡qué capítulos!

CASAMIENTO DE FAMILIA.—Casi siempre equivale á venta personal, profanación ó prostitución legalizada. Consiste en mirar el amor como cosa anticuada y hasta ridícula, propia solamente de los tiempos del romanticismo. Las gentes juiciosas, como dicen los que en tales matrimonios mangonean, deben de atender á la posición social elevada, á la renta crecida, á la utilidad solamente, y dejarse de vanos y poéticos sentimentalismos. Discurriendo con tanta cordura, los mismos parientes de una hermosa joven la enlazan á un caduco anciano, como quien vende una mula, ó se desposa un rozagante mancebo con su abuela, ó la señorita pobre con el patán enriquecido que bajo charolada bota esconde la pezuña. Afortunadamente para la humanidad, estos desventurados matrimonios de familia son cada día más raros, quedando de uso casi exclusivo para los reyes y príncipes, á quienes en vez del amor suele unir la diplomacia. Así sale ello, y excusado es citar ejemplos numerosos, por ser harto conocidos. Lo peor es que riñen los coronados cónyuges, se forman por uno y otro parcialidades y bandos, y los vidrios rotos los paga el pueblo. ¿Habla usted de.....? No, señor. ¿Y de.....? Tampoco.

ORDEN.—Cuando se usa en política esta palabra, no suele significar el armonioso concierto con que funciona todo el complicado organismo de una bien gobernada nación, sino solamente la quietud material, la falta de protesta, el silencio profundo, aunque este silencio sea el del cementerio. Así lo entienden muchos, y así lo entendía el verdugo de la infeliz Polonia, general ruso Mouravieff, cuando harto de ametrallar, acuchillar y ahorcar polacos, acusados del horrendo crimen de amar y defender á su patria, redujo toda resistencia y toda manifestación á un silencio de muerte, y escribió á su amo el Czar esta sangrienta frase: «El orden reina en Varsovia.» Los que en todos los pueblos se apellidan á sí mismos partidos de orden, son partidos de resistencia á cuanto se encamine á coartar y destruir privilegios y monopolios, se apoyan en las bayonetas y miran á la multitud como conquistadores y dueños. Todos los antiguos señores de horca y cuchillo, todos los déspotas y despotillas, tiranos y tiranuelos han sido hombres de orden.

HOSPITAL.—Matadero de pobres y aprendizaje de médicos. Podrían ser cosa algo mejor, y lo son algunos; pero como excepciones honrosas. Todavía seguimos con la rutina de aglomerar enfermos en vastos edificios y en lugares populosos, convirtiéndose en focos de infección y semilleros de epidemias las que debieran ser verdaderas casas de curación y de salud. La sola idea de ser llevado al hospital horripila al doliente más pobre, mísero y abandonado. Y cuando este horror es general en toda España, no carecerá de fundamento.

HOMBRE SERIO.—Literalmente, el que nunca se rie, ó se rie muy pocas veces, y de mala gana. Pero los que estropean nuestro idioma con galicismos innecesarios dicen *hombre serio*, en vez de *hombre grave*, como se ha dicho siempre en tierra de garbanzos. La *seriedad* y *gravedad* suelen ser capas y tapaderas de la *vaciedad*, y muchos por ellas escalaron altas posiciones y empleos, amén del renombre de sabios entre las gentes de su pandilla. El sistema de la gravedad ó seriedad es sumamente fácil y tan productivo como otro cualquiera pueda serlo. D. Perfecto lo ignora todo; pero conoce interiormente su ignorancia y procura encubrirlo; oye hablar de política, literatura, ciencias, tauromaquia, de lo que fuere, y en lugar de exponer con franqueza su opinión, buena ó mala, exclama solemnemente en voz campanuda: «¡Oh, los partidos, la gestión administrativa, ¡Oh, el gran Cervantes! ¡Ah, los progresos científicos! ¡Oh, Frascuelo!» Y los papanatas que le escuchan suelen murmurar para su sayo: «¡Lo que sabe D. Perfecto! ¡Lástima que semejante hombre no sea diputado ó ministro!» Y cáta-te á D. Perfecto con admiradores. Lo demás lo traen la industria y el tiempo.

OBSEQUIO, REGALO, MEMORIA.—Cuando sin ton ni son se tributan á funcionarios públicos, son disfraces y envolturas de lo que en buen castellano se llama *cohecho*. Pero como éste se halla penado por la ley, de aquí el procurar encubrirlo con otro vocablo más bonito y mejor sonante. *Do ut des*: era expresión muy usada entre nuestros antepasados

los latinos, que podríamos traducir, aunque muy libremente, por el refrán de «amor con amor se paga». También solemos decir que «por la peana se besa al santo», y «quien no siembra no coge»; y principalmente «dádivas quebrantan peñas», que es la sentencia más ajustada al caso.

CONSERVADOR.—Así se llama uno de los partidos políticos dedicados á labrar la felicidad de este país. Pero la denominación me resulta incompleta. Conservador, restaurador, vendedor, calificador... ¿de qué? Pues siempre me ocurre preguntar qué es lo que conserva, restaura, vende ó califica. Así se dice: conservador del Museo, restaurador de cuadros antiguos, vendedor de uvas, calificador del Santo Oficio. Ahora sí que está el sentido completo. Otro tanto me sucede con mis amigos Pintado y Mejorado. ¿Mejorado en qué? ¿Pintado de qué? De amarillo, de verde, ó de viuelas? Conven-gamos en que las frases incompletas le dejan á uno como suspendido en el aire y con los pies colgando.

HERÁLDICO: GENEALOGISTA.—Distingo, como dicen los teólogos: quien lo es por gusto, da vehementemente indicio de bobo rematado; si

lo toma como profesión, puede ser un cuco, explotador de la ajena bobería manifestada bajo el aspecto de la vanidad. Y cuenta que los mayores contribuyentes, los que aflojan la mosca para comprar un mentiroso pergamino ó amañada ejecutoria que los nombre descendientes del Cid ó de Guzmán el Bueno, suelen ser prosaicos tenderos de comestibles, retirados ya del mostrador, expulperos de América ó contratistas del Estado, que empezaron por vender para el ejér-



LA SEÑORITA MARÍA DE WETSCHERA.

cito garoanzos fósiles ó tocino podrido y acaban por llamarse condes, marqueses, y lucir improvisados blasones en sus carruajes y libreas. ¿Hay cosa más bonita en el universo mundo, ni que más halague al piojo resucitado, como le llaman en mi patria Andalucía, que hacer pintar ó esculpir á la entrada de su casa un enorme escudo de armas con un arbolito, y un brazo armado que sale de entre la copa, y dos perros ó lobos ó leones puestos de pie, todo ello coronado por enorme yelmo de largas plumas? Esto es archimagnífico y no hay cabeza vacía y repleto bolsillo á quien no deslumbre y entusiasme. Demasiado lo saben los genealogistas de oficio; y por este saber en todo tiempo hacen su Agosto, especulando con la necesidad humana.

GRIEGO.—Literalmente, es el natural de Grecia; pero en casinos, círculos de recreo y toda suerte de *timbas*, equivale á jugador de ventaja, fullero y estafador, aunque ignore en qué parte del mapa está situada Atenas, y si hubo alguien llamado Aristides, Platón ó Epaminondas. Ese de mirada oblicua y almidonada pechera con botones de diamantes, que gira cauteloso alrededor del tapete verde como negligente y distraído, pero en realidad muy despierto y buscando una víctima, es un griego. El que empieza por manifestaros que no gusta de jugar, y sin embargo os propone echar una vaca, es griego también y no de los menos temibles. Perderéis primero la vaca, y después cuanto tengáis en los bolsillos. Esos caballeres apuestos y bien vestidos, sin tener profesión ni renta que justifique su lujo y excesivos gastos, creedlo, son de la misma calaña, griegos hábiles y muy capaces de sacarle el jugo á un mosquito. Los veréis en paseos, teatros, conciertos, hasta en casas decentes, os estrecharán la mano, pero nunca tengáis confianzas ni trabéis amistad con tales advenedizos. Hay más clases de griegos que provincias y ciudades en Grecia: sería curioso, aunque muy prolijo, estudiarlos y dividirlos por grupos, familias y géneros como hacen los naturalistas con los bichos, plantas y minerales.

POLÍTICO LISTO.—El que pone la vela al viento y siempre navega en popa, cualquiera que sea el Gobierno y las ideas dominantes. En todas las naciones, y singularmente en la nuestra, hay una colección de pilotos de este jaez que causa pasmo y asombro. Desde el socialista y federal hasta el carlista más rabioso, existen más de cuatro y más de cuatrocientos individuos que han recorrido toda la escala política con sorprendente agilidad, sin romperse nada y siempre llevándose algo entre las uñas. Los antiguos ¡infelices! creyeron hacer una gran cosa inventando la fábula de Proteo, sin adivinar que llegaría un siglo en que al lado de nuestros Proteos actuales y efectivos se quedaría en pañales como un niño de teta. Algo de esto queda dicho en el párrafo *evolución*, con referencia al acomodaticio canónico Morales, de feliz memoria.

BELLÍSIMA: BELLA: ELEGANTE: SIMPÁTICA.—Parece al pronto que estos vocablos, por lo muy claros y definidos, no presentan duda alguna en cuanto á su valor y significado;

pero hay muchas cosas que no son lo que parecen. Estas palabras tienen á menudo un valor convencional que los iniciados conocen: v. gr.; dice un periódico noticiero:—«Se ha casado con D. Fulano la bellísima señorita doña Mengana, etc.», *Bellísima* entonces equivale á guapita: si la llama *bella*, es medianeja: si *elegante*, fea y bien vestida; pero si la califica de *simpática*, bien puede asegurarse que la tal desposada es un verdadero lobo. Lo mismo sucede con los epítetos de *notable*, *distinguido*, *estudioso*, *eminente*, *bizarro*, etc., aplicados con cierto *intringulis* á paisanos y militares.

INOCENCIA.—Estupidez reconocida, si ya no es niño e inocente. En ocasiones parece inocencia lo que es camastronería y profundo disimulo. Por esto se dice, «librenos Dios de los inocentes, que de los avisados ya nos libraremos nosotros mismos. Parece que se cae, y se agarra con veinte uñas: guárdate del agua mansa: no rompe un plato y revuelve un pueblo»: con otra multitud de sentencias relativas á los apellidados inocentes, candorosos y bonachones. Los toreros prefieren los toros claros y boyantes á los tranquilos y marrajos, que suelen proporcionarles apretados lances y cogidas funestas. Tienen mucha, muchísima razón.

Pudiera seguir añadiendo frases y explicándolas en seguida hasta emborronar un montón de pliegos; mas con lo dicho basta para formarse idea de lo que pudiera y debiera ser *El Nuevo Diccionario*. Comprendese también, dada la agitación y múltiples relaciones de la vida moderna, que el tal Diccionario, por muy acertadamente que fuera compuesto, quedariase anticuado muy pronto, si en cada nueva edición no se hacían las supresiones, adiciones y variantes necesarias. Para cuya utilísima labor y patriótica empresa creo cosa adecuada proponer la fundación inmediata de una gran academia ó instituto, sostenido con lujo á expensas del Estado; y que me nombren presidente, director ó jefe de la tal corporación, con casa gratis y un buen sueldo para alivio de mis penas. Ríase en buen hora algún lector de esta salida, teniéndola por original y extravagante. Podrá serlo por la claridad y franqueza con que se halla expresado el pensamiento; en cuanto al pensamiento mismo es lo más usual y corriente que imaginar cabe. Vuelva cada uno la vista á sus recuerdos y verá si tengo ó no tengo razón.

Hablando ahora con toda la formalidad posible, creo muy conveniente y beneficioso para las letras, que en vez de suprimir acepciones de frases y palabras, como han hecho recientemente algunos vocabularios con la de jesuíta en el sentido de hombre cauteloso y astuto, y con otras muchas, se consignen y estampen cuantos significados les atribuye el pueblo, que es, en suma, el inventor, el árbitro y legislador del lenguaje, lo mismo en España que en todas las naciones antiguas y modernas.

Y para no cansar al lector con más prosa, aquí hago punto y termino. Vale.

NARCISO CAMPILLO.

S O N E T O S

I.

LA NOCHE EN LA ALDEA.

Ya se hunde el sol ; su resplandor escaso
Sangrientos surcos en los aires deja,
Y, enrojecido por su luz, semeja
Un incendio de nubes el ocaso.

Triste la noche, con callado paso,
Va en pos del día que la luz refleja,
Cual prendada del astro que se aleja
Ó temerosa de sí misma acaso!

Todo después se borra y se ennegrece ;
Del sol el postrer rayo moribundo
En el lóbrego azul se desvanece,

¡Y es tan grande el silencio y tan profundo
Que, envuelto en densa obscuridad, parece
Un cementerio abandonado el mundo!

II.

DESPEDIDA.

Pues que alejarte debes de mi lado
Y nunca más á unirnos volveremos,
¡Ven, ven á mi ; que juntos recordemos
Las risueñas venturas del pasado!

Que por última vez en apretado
Y ardiente abrazo el corazón juntemos ;

¡Que en un beso de amor reconcentremos
Todo el placer que hubiéramos gozado!

Y así en unión estrecha confundidos,
Deja por siempre, para darme calma
Y apagar el ardor que me sofoca,

El eco de tu voz en mis oídos,
El fulgor de tus ojos en mi alma,
Y la miel de tus besos en mi boca!

III.

¡QUÉ TIEMPOS!

¿Qué fué de tí, bendita Poesía?
¿Qué de tu majestad immaculada,
Hoy por los muldares arrastrada
Y digna y noble cuando Dios quería?
Te explota la impotente medianía,
Y á la vez que te explota te degrada ;
Y la frivolidad más descarada
Ocupa el trono que ocupaste un día!

Buscando en el escándalo renombre,
Hay quien pinta con pluma licenciosa
Cuanto denigra y envilece al hombre ;

Y trueca, si oportuno lo reputa,
Tu vestidura y tu pudor de diosa
En torpe desnudez de prostituta!

ATAULFO FRIERA.

R I M A

Cae una piedra en las tranquilas aguas
Del anchuroso lago,
Y un ondulante círculo se forma
Que se va poco á poco dilatando.

Y aquella ondulación que al lago agita
Se desvanece al fin sin dejar rastro,
Mientras la piedra sepultada yace
Entre las algas que le abrieron paso.

Algo muy parecido es la existencia
Del triste ser humano:
Cuerpo que cae por impulsión divina
En el lago del mundo, breve rato
Una ligera ondulación producen
Los sueños de su espíritu, y al cabo,
La ondulación se borra para siempre
Y el cuerpo queda en cieno sepultado.

RICARDO SEPÚLVEDA.